

El indio

ciudadano de América



Moisés Sáenz





EL INDIO
CIUDADANO DE AMÉRICA

MOISÉS SÁENZ





Año de edición: 2014.

© Por la traducción al español, Enrico Ghermi

©Edición **La luna y seis peniques**, Filosofía y Letras 31 interior 4, col. Copilco Universidad, alcaldía Coyoacán, 04360, Ciudad de México.



Esta obra está sujeta a la licencia Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/>. Permite la reproducción y distribución, así como su utilización en trabajos derivados, siempre que se otorguen los créditos correspondientes, y se utilice sin fines comerciales.

Texto tomado de la versión en inglés publicada en *Points of View* (Number 9, September 1946).

Division of Intellectual Cooperation, Pan American Union, Washington, D. C.

Traducción, notas y bibliografía: Enrico Ghermi.

Corrección de estilo: Graciela Reynoso Rivas.

Diseño de portada: Ana Laura García Domínguez.

Viñetas, fuentes:

<http://tinyurl.com/l4hn46f>, <http://tinyurl.com/ljrbzqx>, <http://tinyurl.com/mjx8zad>

Impreso y hecho en México





Contenido

Presentación	7
Moisés Sáenz, 1888-1941	9
El indio, Ciudadano de América	15
Notas	41
Bibliografía	45







Presentación





Moisés Sáenz, 1888-1941¹

Lograr que el indio se sienta en casa en los países en que de hecho fue el habitante originario, y que se han transformado en sociedades cada vez más cosmopolitas desde que fueron conquistados por los europeos, es el problema del que se ocupa el presente ensayo. Este asunto, que durante mucho tiempo ha preocupado a los educadores, científicos sociales y estadistas de América Latina, se aborda de lleno en este número de *POINTS OF VIEW*. El autor, uno de los pocos hombres en el continente que estudió al indio de cerca en todos los países de América Latina con una población indígena numerosa, tenía la ventaja de poder aproximarse a su tema con la doble

visión del educador y del estudioso de las cuestiones sociales. A su cálida simpatía y respeto por sus semejantes se aunaba su fidelidad a la precisión científica, que lo mantuvo alejado de las trampas del romanticismo y el sesgo que parecen envolver estas cuestiones. En el texto que sigue trata el tema en su perspectiva histórica e ilumina sus muchos aspectos culturales, económicos y psicológicos.

Pocos hombres habrá más capaces para analizar el problema del indio que Moisés Sáenz, un gran mexicano y al mismo tiempo un gran latinoamericano. No hay fronteras nacionales que limiten su pensamiento, y sus estudios de los indios mexicanos y de los de Perú y Ecuador son igualmente valiosos. Para él, los indios de su país pertenecían a la misma familia que los del resto del continente. Sus problemas eran similares y también sus potencialidades. No es de extrañar pues que donde quiera que fuera se convirtiera tanto en ciudadano local como en individuo con perspectiva latinoamericana.

Desde muy joven, Moisés Sáenz se entregó a la causa de la educación y sirvió a su país desde muchos frentes: fue director de la Escuela Nacional Preparatoria, subsecretario de Educación, diplomático en Ecuador y Dinamarca, embajador en Perú, director del Instituto Indigenista Interamericano. Sus cargos en el servicio exterior no estuvieron reñidos con sus actividades educativas porque nunca perdió de vista su primera vocación. Después de haber cavilado tanto sobre la educación rural en México, era natural que aprovechara su estancia en Dinamarca para indagar a fondo sobre la organización de las escuelas populares de aquel país. Durante sus misiones diplomáticas en Ecuador y Perú hizo estudios serios sobre el problema indígena de esos países, estimuló a los artistas locales para que exploraran las fuentes indígenas de las artes tradicionales, contribuyó a ampliar la visión de los educadores y de las nuevas generaciones que se preparaban para asumir mayores responsabilidades en la vida nacional.

La generosidad y la voluntad de dar lo mejor de sí en todo momento fueron características de Moisés Sáenz. Es interesante observar, por ejemplo, que el ensayo que ahora presentamos en esta serie de *POINTS OF VIEW* apareció originalmente en español en un casi desconocido periódico obrero, tan mal impreso que resultaba casi ilegible. Pero, si se lo hubiera solicitado alguna de las revista académicas más prestigiadas y bien diseñadas de Estados Unidos, su calidad no habría sido mejor.

En Estados Unidos Moisés Sáenz era conocido por sus esfuerzos incesantes en favor de relaciones más inteligentes entre este país y México. Las conferencias que pronunció ante grupos de investigación y público universitario de ambos países nunca serán olvidadas, porque se inspiraron en la sabiduría y la comprensión profunda de los problemas humanos, que lo caracterizaban.

Al morir, en su embajada de Lima, Perú, en 1941, la pérdida fue sentida en todo el continente, pero especialmente por aquellos que lo veían

como el líder natural de un movimiento que daría al indio de América el lugar que le corresponde en la estructura social.

Concha Romero James²

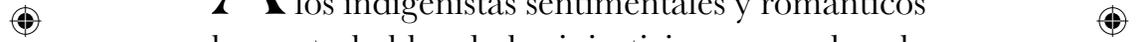
Jefa de la División de Cooperación Intelectual
Unión Panamericana
Washington, D.C., 1946.







El indio Ciudadano de América³



A los indigenistas sentimentales y románticos les gusta hablar de las injusticias que padece la raza autóctona de América. El indio, insisten, es el verdadero americano. América le pertenece; el suelo, la tradición y la ley son de él. “Volvamos a los esplendores de los mayas”, declaran los países de Centroamérica; “reconstruyamos el teocali azteca,” añaden los del Anáhuac.

Quienes así se expresan olvidan cuatro siglos de iglesias, virreyes y generales. Hacen caso omiso del ritmo de la evolución, de los ciclos del progreso. Y puesto que las manecillas del reloj de la

historia no se pueden volver atrás, ni el *tempo* del Tahuantinsuyo se puede sincronizar con el de la “defensa hemisférica” del presidente Roosevelt, tales pronunciamientos no hacen más que aumentar la ya gran cantidad de literatura utópica. Para ser justos con el indio no es necesario ponerse plumas en el pelo o blandir una maza guerrera. Lo que debemos hacer simplemente es colocar al indio sobre el suelo de nuestras naciones como parte de nuestra realidad sociopolítica, como células llenas de posibilidades humanas en el marco nacional, sin ningún tipo de impedimentos que retarden su desarrollo. Con esto bastaría.

Igualmente absurda, y alejada de la realidad, es la insistencia irreflexiva de quienes cierran los ojos y complacientes ignoran al indio, relegándolo a zonas extrasociales perdidas en áreas remotas, consumidos por la pobreza y presa fácil de la explotación.

El mundo ya no es tan grande como solía ser; ya no hay lugares remotos ni hombres que puedan permanecer ignorados. Esos sitios al margen de

la influencia de un nacionalismo fuerte o un idealismo ferviente, que están fuera del alcance del paternalismo, serán presa fácil de actividades subversivas y atraerán a los agentes y amos de la explotación. La idea de “espacio vital” exigido por el fuerte es la consecuencia lógica del espacio precario otorgado a los débiles. Treinta millones de indios, olvidados por los gobiernos americanos, pueden llegar a ser, a la menor provocación, treinta millones de esclavos controlados por líderes totalitarios.

El juicio de José Carlos Mariátegui⁴ fue preciso: “El indio pertenece a una clase extrasocial.” Aunque se refería en particular a los indígenas de Perú, su afirmación se aplica, en mayor o menor medida, a todos los de América. La palabra *indio* es inexacta desde el punto de vista étnico, cultural y económico, puesto que muchos indios se han mezclado con el campesinado, que es predominantemente mestizo. Pero más alejadas de la clase campesina, más en los márgenes de la sociedad, hay zonas que incluyen a millones de

personas que en México, Guatemala y Colombia, en Ecuador, Perú y Bolivia —en todas partes— son en realidad extrasociales. Es cierto que, según la ley, en la teoría, en los estatutos y en las proclamas, el indio es un ciudadano: “Los pueblos indígenas del Perú no serán llamados indios o nativos sino peruanos”, declaró San Martín en uno de sus primeros decretos. Pronunciamientos similares se hicieron en todos los nuevos Estados independientes: el indio es un ciudadano libre, con igualdad ante la ley. El principio era impecable; la intención, magnífica; pero los libertadores, al cambiar la condición de los aborígenes bajo la colonia, que hasta cierto punto los protegía, fracasaron al no aprobar una ley que otorgara sustento a la nueva condición que les brindaban. El gobierno colonial al menos reglamentó la esclavitud, mientras que la República no logró organizar la sociedad de tal manera que la libertad pudiera ser una realidad. Las viejas prácticas persistieron a pesar de la ley: la expoliación de la tierra, la desintegración de la comunidad, la humillación

de los indios, la indigencia, el aislamiento material y espiritual.

Reservaciones contra integración

En su “política indígena,” los españoles nos dejaron un brillante capítulo de la administración colonial. La República, inhibida por las teorías liberales de la igualdad, no pudo, o no supo cómo formular y establecer una jurisprudencia comparable. Se promulgaron algunas leyes especiales y existe una gran variedad de medidas y programas administrativos que constituyen, de hecho, una política indigenista. Lo que falta es una filosofía, sin la cual la práctica solo puede ser empírica, sometida a cambios administrativos interminables. Hay dos tipos de política indigenista en el continente: la de reclusión, ejemplificada por el sistema de “reservaciones” de Estados Unidos; y otra, aún no claramente formulada, que puede denominarse “política de integración”. Algunos progresistas defienden el ideal

de un renacimiento indígena que fortalecería los grupos aborígenes para reintegrarlos en el marco de una nacionalidad autóctona.

El sistema de reservaciones es aplicable a países en los cuales el sector indígena constituye un porcentaje muy pequeño de la población total, como es el caso de Estados Unidos con sólo 400 mil indios entre sus 156 millones de habitantes. Pero en México, Guatemala, Ecuador, Perú y Bolivia, donde la proporción de indios es de 30 a 60 por ciento de la población, y donde, además, hay una población mestiza con un alto porcentaje de sangre india, cuya forma de vida, en muchos casos, no es diferente de aquella de la comunidad genuinamente autóctona, la política de reservaciones es imposible a menos que se diseñe para los blancos. Estos países ofrecen sólo una posibilidad: la integración de los aborígenes en el resto de la población, para formar una nacionalidad tan uniforme y coherente como la propia mezcla.

En cuanto a la idea de un renacimiento indígena, la apoyan incluso los defensores más nobles

de la política de reservaciones, que creen que el sistema puede proteger la célula indígena de tal manera que se estimule —con un renacimiento futuro en perspectiva— la nacionalidad indígena, su genio cultural, y su propio mundo económico, todo dentro de un marco jurídico especial.

Por otro lado, algunos de los defensores más radicales de la integración desean que sea tan completa que la conciben como un fenómeno interno del grupo autóctono, independiente del resto de la nación. Los exponentes de ambas políticas llegan a la misma conclusión: está implicada una redefinición del principio de autodeterminación de las minorías. Pero estas ideas no constituyen realmente un tercer tipo de política indigenista, porque la teoría es incompleta y su aplicación fragmentaria. Quedan, por tanto, solo dos tipos de políticas: la de reservaciones y la de integración.

En el proceso de integración tres factores entran en juego: el racial, el cultural y el económico. La integración racial significa mestizaje. En

el caso de la América hispana, este mestizaje ha sido preponderantemente entre los indios y los españoles. Cuando llegaron a América los españoles no trajeron mujeres con ellos, y los soldados conquistadores tuvieron pocos escrúpulos para confraternizar. El mestizaje fue una consecuencia fácil. Por lo tanto, en el Nuevo Mundo apareció una personalidad étnica diferente que, sin embargo, en un principio fue un ser sin universo. El indio tenía su lugar en el sistema colonial español, lo mismo que los criollos, españoles nacidos en América, pero el mestizo no pertenecía a ninguna parte. Un advenedizo, que era molesto para los españoles porque no era sumiso como el indio, sino, por el contrario, orgulloso y rebelde. Los mestizos se multiplicaron con rapidez alarmante, y tres siglos después del descubrimiento de América llevaron a cabo una revolución liberal que, al final, a ellos benefició más que a los *criollos* que la generaron con el fin de obtener su independencia de la Corona española. Racialmente, el mestizo es el verdadero americano, y

su número va en aumento. En México, donde el proceso de mestizaje ha progresado más que en la mayoría de las otras naciones indoamericanas, sólo hay un millón de personas blancas y tres millones de indios, en un total de veinte millones de habitantes; en otras palabras, en México hay 16 millones de mestizos. Es inexacto, por lo tanto, el referirse a México como una nación de indios; es, más bien, una nación de mestizos. El último censo peruano muestra que 46 por ciento de la población se compone de indios y 48 de mestizos. El proceso de mezcla ha sido más lento que en otros países. Los blancos no han permanecido tan puros como hubieran querido, pero se han mantenido aislados del resto de la población. Las masas indígenas, por otro lado, forman un núcleo apretado, impenetrable y hostil. Pero los *ladinos* de Guatemala, los *misti* y *blanquitos* de Perú, los *cholos* de Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia y muchos otros que se consideran blancos son en realidad mestizos.

Mestizaje

La marea de la inmigración blanca en el continente se ha detenido en los últimos años. De hecho, después de las guerras de independencia muy pocos europeos arribaron a los países con más indígenas de América Latina. Por *muy pocos* se entiende aquellos que llegaron con la intención de hacer de esos países su hogar permanente, y que por lo tanto estaban destinados a mezclarse. En consecuencia, el mestizaje ya no puede tener lugar entre indios y blancos, de manera que por necesidad tiene que ser entre indios y mestizos. El resultado es evidente: una población mestiza cada vez más aindiada. En Indoamérica la cuestión de la raza no es un problema en el sentido europeo de la palabra, pero no hay duda de que las mezclas raciales deben recibir más atención. Las condiciones de hoy en día en todo el mundo, y en especial las que prevalecen en España desde la reciente guerra civil, que dejó sin hogar a cientos de miles de personas entre los

mejores españoles, podrían haber ofrecido una oportunidad para una inmigración en gran escala que, en el largo plazo, habría dado lugar a la aceleración del proceso de mestizaje. Debido a escrúpulos fáciles de entender, el gobierno de México no ha hecho público si en algún momento ha existido una intención deliberada de su parte para estimular la mezcla racial abriendo de par en par las puertas del país a los españoles. Sin embargo, hay muchas personas en México que sí consideran deseable este mestizaje, y han expresado la esperanza de que el fenómeno que ocurrió hace más de 400 años se repita.

Más importante que esta perspectiva biológica es el aspecto cultural de la integración en América. El indio antes pierde sus posesiones materiales que sus características esenciales. Sus emociones y su sensibilidad persisten; sus actitudes fundamentales sobre la vida y el universo son eternas. El alma del indio es inmortal en un sentido, sin duda, diferente al de la teología, pero tal vez más real. A pesar de todas las vicisitudes de

la historia, a pesar de la explotación, la represión y el fracaso, el alma del indio —sus emociones, su sensibilidad, su actitud— continúa viva en Indoamérica y se ha vertido en el molde mestizo que, por otra parte, contiene todos los elementos de mente y materia que constituyen la cultura de la raza conquistadora. Como tipo cultural, el mestizo representa una fusión, una especie en proceso de formación, a menudo tosca, es verdad, pero cuya personalidad va adquiriendo con rapidez características propias. En la música, las artes plásticas y la poesía, el mestizo se expresa como un nuevo tipo cultural, que no es ni indio ni español, sino esencialmente americano.

En resumen, el proceso de integración, como lo concibo, tendrá como corolario un nuevo sujeto político y cultural que se incorporará a la vida económica y social de las naciones americanas. Así surgirá un equilibrio cultural, y las naciones indoamericanas se encontrarán dispuestas para enfrentar los problemas y las obligaciones de la

vida moderna, y en condiciones de añadir su propia contribución a la civilización.

¿Es esto integración? ¿Y cuál será el destino del indio? Muchos se lo preguntarán. El indio se convertirá en ciudadano y votará, comerá de la olla familiar con el resto de sus semejantes y su alma se preservará junto con la del mestizo, un ser por convicción fiel a su doble tradición y consciente de las implicaciones culturales de su doble origen. Decir que el mestizo representa el final del indio significa que en México tendremos cada día “menos indios y más mexicanos”, para citar la frase memorable del expresidente Cárdenas,⁵ y que en el Perú y otros países, el primitivo núcleo autóctono cederá para que surja el verdadero tipo nacional. El escritor peruano Uriel García,⁶ desarrolló el concepto de “el nuevo indio” y lo presentó de manera brillante en su conocido ensayo: “El nuevo indio.” El nuevo indio es, de hecho, el mestizo, consciente de su herencia y sobre quien la conciencia de sus tradiciones impone obligaciones para el presente y para el futuro.

Sentimentalismo, demagogía y reacción

Los sentimentalistas no estarán de acuerdo con mi tesis porque idealizan al nativo y, quizá, piensan en términos de un futuro renacimiento, por lo que les gustaría conservar los grupos existentes en un estado de pureza que ya no existe. Tampoco estará de acuerdo conmigo otro grupo de personas —entre las que incluyo a los comunistas—, porque se imaginan que es posible hacer de México, Guatemala o Perú, es decir, de todas las naciones con gran población indígena, un mosaico sociopolítico compuesto de “nacionalidades” más o menos unidas por afinidades espirituales o por lazos económicos. Y, por supuesto, en todo esto no quiero siquiera tomar en cuenta los vestigios de esa pequeña clase, los criollos de Indoa-mérica, que con perversidad patética insisten en un predominio hispano colonial, que desaprueba no sólo la idea de integración, sino de cualquier

otra que pueda dar lugar a la participación activa del indio en la vida nacional.

Ser mestizo no es solo un accidente de nacimiento. Un mestizo es también una entidad económica, cultural y política. Estos elementos a menudo funcionan de forma independiente e incluso en oposición entre sí. En todos los países con población indígena, tenemos el caso de los mestizos —algunos de ellos con rasgos muy similares a los blancos— que, por el medio, la situación económica y la cultura en general, tienen características que los identifica con el tipo indígena. Tal es el caso de los morochucos de Ayacucho y de otro tipo también visto con frecuencia en la misma ciudad, un tipo que se caracteriza por tener complexión y tez blanca, e incluso ojos azules, pero que sólo habla quechua. Sin embargo, por lo que se ve, estas personas actúan y viven como indios. Y también tenemos el caso contrario: indios por los cuatro costados que, por las circunstancias, la educación o el nivel

económico, se codean con los notables del país y son tenidos como prototipos nacionales. Por esta razón, la política indigenista, es decir, todo el aparato administrativo y jurídico diseñado por los gobiernos o las agencias privadas para mejorar las condiciones de vida de los grupos nativos y equiparlos para la plena participación en la vida nacional, puede operar sin tener necesariamente en cuenta los factores raciales. Los siguientes son pasos importantes a considerar en la formulación de una política indígena: 1) mejorar la situación económica del indio mediante la distribución de la tierra; 2) otorgar crédito y todos los elementos necesarios para trabajar esas tierras con éxito; 3) brindar educación por medio de misiones culturales, escuelas rurales y centros especiales de capacitación, y 4) ofrecer atención médica y mejorar las condiciones de vida. Estos y otros aspectos del programa indigenista deben llevarse a cabo si es que se quiere que estos grupos tengan una vida mejor y más plena. La cuestión de la raza no es un obstáculo, aunque puede

requerir un ajuste específico en método y procedimiento. El material humano es bueno. A través de un largo proceso de selección natural el indio se ha adaptado a la tierra de América. De hecho, hay regiones en las que los indios salen adelante, pero en las que el hombre blanco no ha podido aclimatarse. En la meseta peruano-boliviana, fría y seca, a casi 4 mil metros sobre el nivel del mar, los nativos han desarrollado tórax y pulmones adecuados para el aire enrarecido, y una resistencia física seguro reforzada por la frugalidad y la adversidad. El español, por su parte, no se aclimata y el mestizo apenas es capaz de resistir las condiciones ambientales. En estas zonas, que son por supuesto excepcionales, el indio está eminentemente equipado para vivir en ellas; él es, de hecho, la única persona que puede habitar allí. Por lo tanto, el factor racial que en ningún caso es un obstáculo insuperable para el progreso social y político, en ciertas regiones, opera en su favor.

América, y más particularmente Indoamérica (México, América Central, la parte occidental

de Colombia y Ecuador, Perú y Bolivia), es en sí misma un ejemplo de lo que el imperio indio podría significar en la vida cultural y política de la humanidad. Durante cuatro siglos el mundo ha podido observar los fenómenos de mestizaje, oposición, contraste y fusión de la raza autóctona de América y la europea. Pero vale la pena reflexionar sobre el hecho de que en las regiones que acabamos de mencionar todavía hay unos 20 millones de indios que no han sido asimilados y no están todavía por completo incorporados a la vida nacional de esos países. Esta cifra representa una proporción sustancial de la población total que, no debemos olvidar, ya es parcialmente india. Si la ola de migración que ha traído a América grandes contingentes de miembros de la raza blanca se detuviera, se aceleraría el proceso de mestizaje y de incorporación del indio en América. Esto equivaldría, literalmente, a la indigenización de los países mencionados antes. Puede ser pertinente preguntar: ¿cuál sería el efecto de este fenómeno, qué fisonomía

tendría Indoamérica durante el próximo siglo, en cuanto a lo que a este aspecto de su desarrollo se refiere?

México en la corriente de la historia

Un país como México en el que la homogeneidad racial se ha logrado hasta cierto punto, puede servir de ejemplo. Los españoles encontraron en México una de las concentraciones más importantes de población nativa: población que había alcanzado un desarrollo cultural notable, muy superior al de todas las demás poblaciones autóctonas. Por otra parte, España mostró un interés especial en México; la “Nueva España” se convirtió en un centro del poder colonial. Es irrelevante analizar aquí los factores que entraron en juego para estimular el ritmo de la integración en este país. Es suficiente afirmar que en la actualidad la población de México comprende 16 millones de mestizos, casi todos ellos con un alto porcentaje de sangre india, y unos 3 millones

de indios, la mayoría de los cuales vive en lugares más o menos accesibles, con un buen grado de comunicación con el resto de la nación. Los grupos totalmente aislados son la excepción y no son muy numerosos; un puñado de lacandones en el sureste y algunos en Chiapas; y en el norte, los tarahumaras, coras y huicholes. En una palabra, México es un país de mestizos y, en parte, de indios que están progresando. Constituye un buen ejemplo de lo que una población preponderantemente indígena puede contribuir a la vida política y cultural de América.

Tracemos a grandes rasgos la fisonomía de México. Tiene características culturales bien definidas, fuertes y de calidad inconfundible. Hay una mentalidad mexicana. Sus artes populares son conocidas en todo el mundo y sus pintores y escultores actuales gozan de reputación internacional. En el pasado, sus albañiles, canteros y escultores expresaron su arte en iglesias monumentales cuyo número y variedad asombran al viajero. Las canciones mexicanas resuenan por

todo el continente. Se podría decir que hay un tipo cultural mexicano, pero, puesto que todavía está en un proceso formativo, se distinguen en él los elementos de emoción, intención y técnica Indígenas.

Forjadores de la nacionalidad

La revolución política, que después de once años de lucha hizo a México independiente tuvo desde su inicio en 1810 un objetivo social. Al proclamar la independencia, Hidalgo se reunió junto a sus feligreses indígenas en el pueblo de Dolores, esos mismos indios a quienes les había enseñado técnicas artesales y agrícolas. Morelos, el líder que sucedió a Hidalgo, fue el primero en difundir en toda América una proclama de carácter social. Una vez que se firmó la Declaración de Independencia, México pasó por un largo periodo de lucha que culminó con la presidencia de Benito Juárez, un indio puro. El verdadero sentido de este periodo turbulento fue el esfuerzo de la gente por eliminar de la política a los criollos.

Juárez, el indio, hizo historia en México. Además, preparó el terreno para el nacionalismo en Indoamérica. En 1854 Juárez promulgó abundante legislación. Sus Leyes de Reforma fueron radicales para la época y hasta hoy siguen siendo un modelo de previsión. Juárez llevó a cabo la separación entre la Iglesia y el Estado. Al nacionalizar sus tierras arrebató a la Iglesia gran parte de su poder temporal; suprimió también los privilegios de las órdenes eclesiásticas y las incapacitó para ejercer la influencia política que habían desplegado abiertamente.

La Revolución mexicana, que comenzó en 1910, tuvo desde su inicio un claro carácter social. Pronto se convirtió en una revolución agraria y más tarde en movimiento proletario. Aunque México no es ni puramente socialista ni un Estado comunista en la teoría o en la práctica, el hecho es que por medio de la revolución mexicana la nación adquirió características colectivistas que recuerdan una de las tradiciones indígenas de esfuerzo comunal. Los indios se unieron a las filas

de la revolución impulsados más por la intuición y la tradición que por la ideología.

Durante los últimos 100 años, a raíz de la caída de Porfirio Díaz, la evolución política de México ha adquirido un patrón y fuerza definidos. Para decirlo claramente, representa el ascenso de los elementos básicos, es decir, el indio, el campesino y la población mestiza marginal. Estos grupos han desarrollado, gracias a varios artilugios, a menudo mediante la violencia, un sistema social destinado a resolver sus problemas. Y, sobre la marcha, también han creado sus propios líderes.

La integración de los elementos sociales básicos ha llevado a la eliminación de la vieja clase dominante, compuesta primero por los españoles, después por los criollos y, más recientemente, por la aristocrática y la plutocracia. Pero hay que señalar que en este fenómeno del desplazamiento forzado y la eliminación de antiguos dirigentes, la cuestión racial no ha entrado en juego. Todo el proceso ha sido un fenómeno de mecánica

demográfica. Los números, un factor importante en la economía, favorecen al mestizo. Este ha ganado el poder en México y ejerce su influencia en los asuntos nacionales. Bajo la égida del mestizo, el indio tuvo por fin un respiro, aparece y comienza a jugar un papel en el escenario social de la nación. Tal movimiento político-demográfico tiende a expulsar a los grupos que, debido a la inercia histórica, han dirigido la nación. La clase eliminada es la de los criollos y sus descendientes, blanco o casi blancos, y de cultura europea. Pero el indio y el mestizo⁷ no desplazaron a estos elementos por el mero hecho de ser blancos y cultivados; el fenómeno simplemente estableció un nuevo equilibrio, posible gracias a la desaparición de los factores políticos y económicos que impedían el libre juego de las fuerzas nacionales.

Indigenismo: clave y raíz del proceso

El indio es tan responsable del fenómeno social y político de México como de su perspectiva

cultural. De esto no hay duda. Sin embargo, en beneficio de quienes ven las cosas desde fuera, hay que señalar que al participar en el proceso el indio no actuó como lo hizo porque fuera indio. Por otra parte, él no se ocupó del problema de la igualdad racial. El indio actuó simplemente como una persona con energía y adaptabilidad y respondió a las exigencias de su entorno convirtiéndose en un partidario entusiasta de los ideales e instituciones mexicanos. La evolución mexicana no es una revolución indigenista es, literalmente, como su nombre lo indica, un fenómeno mexicano.

El tímido quizás verá una advertencia en el caso de México y pensará en él como un desenlace que debe evitarse. Tal vez traten de usarlo como un argumento en contra de todo lo que pueda tan siquiera sugerir la incorporación del indio en la vida nacional. A las personas que tengan esta perspectiva, les digo dos cosas. En primer lugar, lejos de ser un motivo de temor, el caso de México debe ser una fuente de inspiración y

estímulo. Implica un ideal de justicia y un esfuerzo heroico para poner en orden el universo de todos con el fin de satisfacer mejor las necesidades honestas del hombre. En segundo lugar, tenemos que ser realistas. Es preferible que México se ocupe de “hacer mexicanos” a sus habitantes, inspirado en la justicia, la lealtad hacia la tradición y los principios de los derechos humanos. Otros países de América que tienen problemas similares, harían bien en considerar el plan de México en lugar de correr el riesgo de atraer a moscos de allende el mar, moscos que no entienden nuestro sentido latinoamericano de la justicia o nuestra forma de vida, y que agitarían a nuestros grupos marginales con el propósito de organizarlos para fines ajenos a nuestros ideales y contrarios al destino de este hemisferio.



Notas

¹ El interés en Moisés Sáenz Garza obedece a la actividad que desarrolló tanto en el ámbito educativo como en el indigenista. En ambos creó organizaciones, coordinó tareas y produjo ideas que influyeron en la política pública de los gobiernos en los que colaboró. En la actualidad, cuando se estudia la historia del indigenismo y sus instituciones, o las bases del sistema educativo en México, es indispensable revisar las acciones y el pensamiento de Moisés Sáenz. La semblanza que de él presentamos fue realizada por la también mexicana Concha Romero James, entonces funcionaria en la Unión Panamericana, y permite apreciar, en pocas líneas, la intensidad y repercusión de la actividad intelectual y política de Moisés Sáenz.

² Concha Romero James nació en Chihuahua, estudió en la Universidad de Pomona, California, y realizó la maestría en Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Columbia. En 1933 se incorporó al equipo de investigación y ediciones de la Unión Panamericana, predecesora de la Organización de

Estados Americanos (OEA), la que dejó en 1952 para trabajar en la Biblioteca del Congreso, de donde salió para ingresar a la Embajada de México como asistente de la legación cultural. Se jubiló en 1970 y falleció el 6 de febrero de 1987, a la edad de 87 años. Su obituario apareció en el *Washington Post* del 8 de febrero de ese año. De ahí proviene la información de esta nota.

³Vicisitudes del texto *El indio, ciudadano de América*. Concha Romero James se sorprende de la calidad del ensayo que entregó Moisés Sáenz a “un casi desconocido periódico obrero,” del cual lo toma para publicarlo en inglés en la serie *Points of View* (número 9, septiembre de 1946), quizá como tributo al autor, a casi cinco años de su muerte, en octubre de 1941. Es posible que Moisés Sáenz lo hubiese entregado a ese periódico, del cual no se menciona nombre ni fecha de publicación, después de la polémica que tuvo lugar en el Comité Ejecutivo Provisional (CEP) del Instituto Indigenista Interamericano, en torno al texto presentado por Sáenz en respuesta a la petición que el secretario del CEP y primer director de *América Indígena*, Carlos Girón Cerna, hizo a los miembros del Comité, para publicar en el primer número de la revista. Dos párrafos, que no figuran en la presente versión, fueron el motivo de que no se publicara. Esas líneas expresaban que el naciente instituto debería ser un instrumento de la política del Estado para la integración de los indígenas a la nación. Para el resto del Comité, que esgrimía los estatutos en su apoyo, el Instituto debería estar desligado de la política y dedicado por entero a la investigación.

Por su parte, la doctora Laura Giraudo, en su estudio sobre los primeros años del Instituto Indigenista Interamericano afirma no tener conocimiento de que el ensayo de Sáenz se hubiese publicado en alguna otra revista o libro, lo que sí asegura es que *América Indígena* nunca lo publicó. Sin embargo, menciona que Carlos Girón Cerna, director de la revista, afirmaba haber visto publicado en inglés, en el número de marzo de *Survey Graphic*, el trabajo que le entregó Sáenz para el primer número de *América Indígena*. Después de buscar en los 77 artículos de *Survey Graphic* publicados de 1933 hasta 1941 (disponibles en la siguiente dirección <<http://newdeal.feri.org/sg/articles.htm>>), no se encontró ninguno firmado por Moisés Sáenz. La doctora Giraudo indica que el artículo entregado por Moisés Sáenz se encuentra en el archivo histórico del Instituto Indigenista Interamericano (Giraudo, Laura, “No hay propiamente todavía Instituto: los inicios del Instituto Indigenista Interamericano [abril 1940-marzo 1942]”, en *América Indígena*, 62(2): 6-32, abril-junio 2006. Disponible en <<http://digital.csic.es/bitstream/10261/28407/1/No%20hay%20Instituto%202006.pdf>>).

⁴ Mariátegui, José Carlos, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, tomo III. El problema de la Tierra. El problema agrario y el problema del indio, Lima, Biblioteca Amauta, 1928. Disponible en <<http://www.marxists.org/espanol/mariateg/1928/7ensayos/03.htm>>.

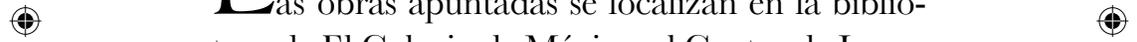
⁵ Archivo General de la Nación, Fondo Lázaro Cárdenas del Río (1934-1940), 545.3/147.

⁶ José Uriel García (1884-1965), ensayista, escritor e historiador peruano, es el autor de *El nuevo indio* (1930), obra que planteaba la “cholificación” como una manera de modernizar al indio, transformándolo en un nuevo indio por medio del mestizaje biológico y del sincretismo cultural. Formó parte de la delegación oficial de Perú en el Congreso de Pátzcuaro (Giraudó, *op. cit.*). El Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM tiene la edición de 2011: José Uriel García, *El nuevo indio*, prólogo de Mario Vargas Llosa, Lima, Universidad Inca Garcilaso de la Vega, Fondo Editorial, 2011, 250 págs.

⁷ Hemos dejado para el final la referencia literaria al mestizaje. Su autor tiene varios puntos de contacto con Sáenz: el interés en las culturas autóctonas, la experiencia diplomática y una vida breve. En “La cabra en dos patas”, Francisco Rojas González presenta con gracia, ironía y agudeza el mestizaje ya como argumento en boca de sus protagonistas. Agradezco a Graciela Reynoso que me haya dado a conocer esta historia antes de concluir las notas. Los lectores que deseen recordar la trama o quienes no la conozcan, el cuento forma parte del libro *El Diosero*, México, Fondo de Cultura Económica, 1952, o en la siguiente dirección: <<https://www.dropbox.com/s/6hjez5hysttspmc/Cabra2patas.pdf?dl=0>>.



Bibliografía selecta de Moisés Sáenz



Las obras apuntadas se localizan en la biblioteca de El Colegio de México, el Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) y en bibliotecas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). La lista se limita a libros, con excepción del texto que aquí se presenta. De *México íntegro* y de *Carapan* hay varias ediciones, hemos incluido sólo la primera.

Aguirre Beltrán, Gonzalo (comp.), *Antología de Moisés Sáenz*, México, Oasis, 1970, 155 págs.

Sáenz, Moisés, *Perú: colección del profesor Moisés Sáenz*, textos y dirección gráfica: Herlinda Treviño de Sáenz, lugar de publicación no identificado, editor no identificado, 1947?, 235 págs.

Sáenz, Moisés, *The Indian, Citizen of America*, en *Points of View*, número 9, septiembre 1946. Versión pdf disponible en la biblioteca del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Sáenz, Moisés, *México íntegro*, carátula de José Sabogal, con motivos de un sarape mexicano, Lima, Torres Aguirre, 1939, 264 págs.

Sáenz, Moisés, *Carapan: bosquejo de una experiencia*, Lima, Librería e Imprenta Gil, 1936, xii, 352 págs.

Sáenz, Moisés, *Sobre el indio peruano y su incorporación al medio nacional*, México, Secretaría de Educación Pública, 1933, 299 págs.

Sáenz, Moisés, *Sobre el indio ecuatoriano y su incorporación al medio nacional*, México, Secretaría de Educación Pública, 1933, 195 págs.

Sáenz, Moisés, *Apuntamientos sobre el indio guatemalteco y su incorporación al medio nacional*, México, [S.E.], 1932, 192 págs.

Sáenz, Moisés, *La educación rural en México*, México, Secretaría de Educación Pública, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública 19, 1928, 28 págs.

Sáenz, Moisés, “La escuela rural mexicana”, conferencia pronunciada en 1928, en Juan Comas (comp.), *La antropología social aplicada en México. Antología*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1964, pág. 130.

Sáenz, Moisés y Herbert I. Priestley, *Some Mexican Problems: Lectures on the Harris Foundation*, 1926, Chicago, University of Chicago, c 1926, ix, 174 págs.

El indio, ciudadano de América, de la colección Molino de Libros, es una edición producida por **La Luna y seis peniques**.

No hay versión impresa. En su composición se usaron tipos Baskerville de 9, 10, 14, 18 24 y 30; Ameri-cana 8 y 36 puntos. La formación estuvo a cargo de José Dolores López Sánchez. La edición estuvo al cuidado de Graciela Reynoso Rivas.

